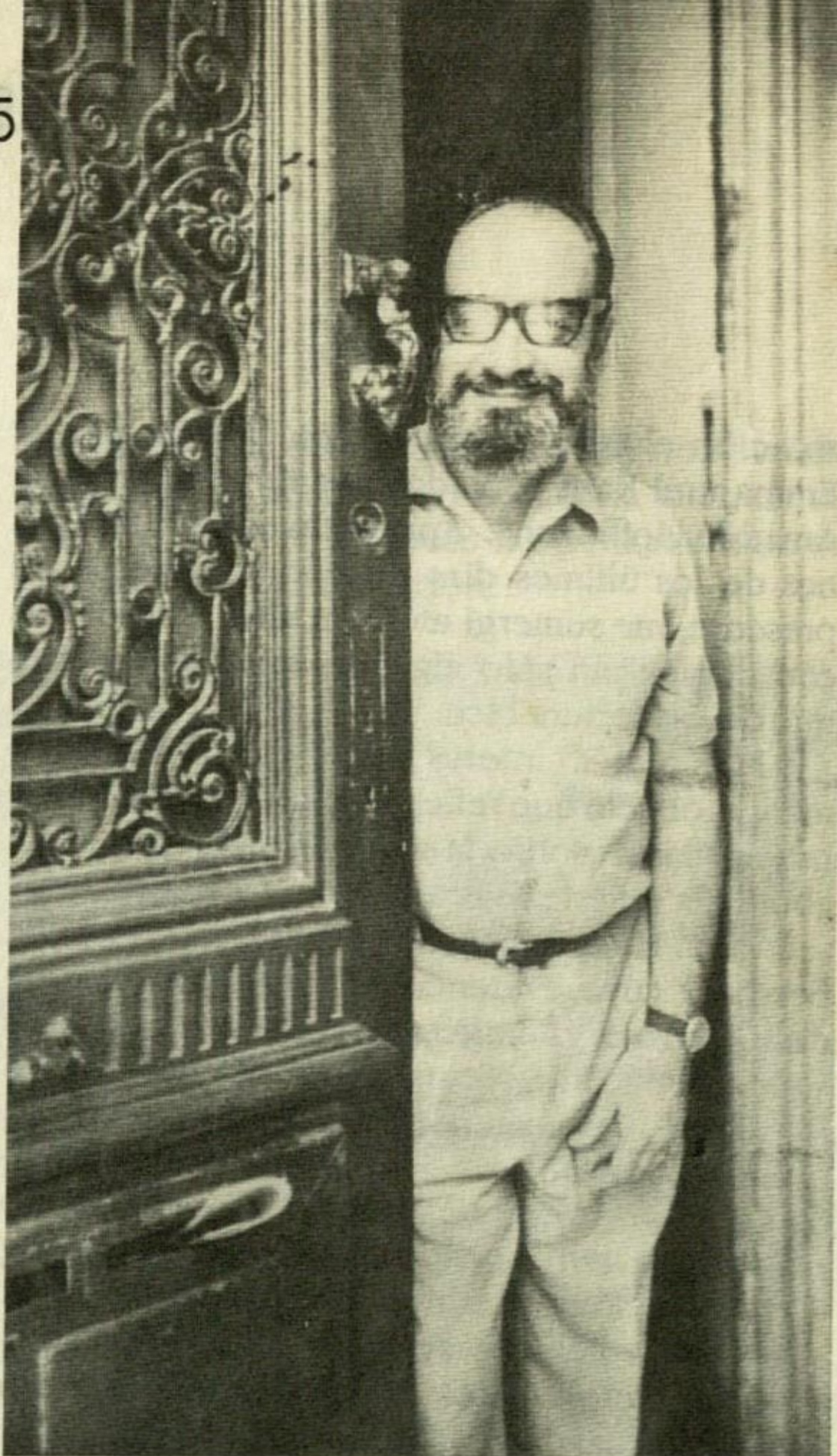


Arnoldo Mora R.



ALFONSO SASTRE

y los últimos días de Emmanuel Kant

Durante el memorable Festival Internacional de Teatro celebrado en San José en las últimas semanas del año pasado, tuve oportunidad de entablar contacto con Moisés Pérez Coterillo, Director del Centro de Documentación Teatral del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música del Ministerio de Cultura de España. Moisés venía a participar como observador del menciona-

do Festival en su calidad de representante del Ministerio de Cultura de Madrid. En una de nuestras conversaciones en el Hotel Costa Rica, donde se hospedaba, Moisés me donó un ejemplar de una obra de un conocido dramaturgo español, Alfonso Sastre, hecha en 1985 pero editada en 1989. Sabiendo mi condición profesional de filósofo, me recomendó su estudio. Me llamó la

atención el título mismo: "Los últimos días de Emmanuel Kant contados por Ernesto Teodoro Amadeo Hoffmann". Aprovechando las vacaciones de los últimos días del año y primeros del presente, me sumergí en su lectura. Estas líneas constituyen tan sólo algunas de las reflexiones que de esa lectura hice.^{1/}

Más que un interés por el gran filósofo alemán, la obra lo que refleja son las inquietudes del propio Sastre sobre la muerte. Pero Sastre no aborda la muerte a la manera de Unamuno, pensando en la eternidad, añorando la inmortalidad personal cuya evidencia racional está lejos de darse, pero cuya exigencia humana es tanto más aguda cuanto más oscura aparece al pensamiento filosófico. En otras palabras, Sastre no tiene inquietudes metafísicas. No piensa en la muerte como paso a un eventual más allá. Es evidente que para el dramaturgo no hay un "más allá". Por ende, la muerte sólo puede preocuparle como una experiencia del más acá. En otras palabras, la muerte sólo preocupa a Sastre como deterioro físico y mental de nuestra condición actual. Más que la muerte es la vejez como muerte en vida, como sistemático deterioro de nuestra condición de seres vivientes y, sobre todo, como aceptación de un destino inexorable y de una degradación decretada por una sociedad más ocupada por el rendimiento económico y la eficacia pragmática que por la condición humana en todas sus dimensiones.

Nadie como Simone de Beauvoir ha tratado este tema en varias obras de su producción madura. Citemos las más importantes: Una muerte dulce, dedicada a una descripción descarnada de los últimos días de la vida de la progenitora de la gran escritora francesa, compañera de J. P. Sartre. La vejez, honda reflexión filosófica y rica documentación literaria e información estadística sobre la vida del ser humano a partir de los 65 años. Quizás lo mejor, desde el punto de vista literario, humanístico y existencial sobre el tema. La ceremonia del adiós, conmovedor relato de los días

que precedieron a la muerte del filósofo J.P. Sartre, compañero inseparable de Simone de Beauvoir y a quienes unió un amor entrañable convertido en este siglo en una leyenda.

En una nota final a la obra, Sastre reconoce explícitamente su deuda con la escritora francesa con estas palabras: "También en esto (escribir la obra) se suscitaron en mí recuerdos de muy diversa índole, como los de algunas visitas a los Hogares Mundet de Barcelona -no entremos en detalles- y otros recuerdos y lecturas: como el terrible espectáculo del envejecimiento de mis padres, asunto que queda un poco y muy malamente expresado en algunos de mis poemas, y las reflexiones de Simone de Beauvoir sobre la vejez y muerte de su madre (no conozco a estas alturas el libro de Beauvoir sobre La vejez que, con seguridad, contendrá mil observaciones interesantes al respecto)". A continuación Sastre se ocupa de describir la vez que trató a Sartre ya en su vejez y el estado deplorable físicamente que mostraba. Luego reseña el libro de Simone de Beauvoir sobre la muerte de su madre (pgs. 105 y 106). Esta lectura parece haber impresionado hondamente al dramaturgo español, pues hablando de cómo de Beauvoir describe la vejez nos dice: "En el cuerpo viejo, aunque no esté enfermo, se da uno cuenta del cadáver que hay ya en ese cuerpo: estando vivo, se ve ya el cadáver" (*Ibid.*).

El tema y la atmósfera o ambiente general sobre la vejez y la muerte en la obra de Sastre deben mucho a Simone de Beauvoir. Pero hasta allí. El enfoque difiere en sus intenciones y, en consecuencia, en el tratamiento que ambos autores dan al tema. Esto se debe no sólo a la forma: de ensayo filosófico-literario en el caso de Simone de Beauvoir, de obra dramática de tinte trágico en el caso de Alfonso Sastre, sino en el fondo mismo y su estética. Simone de Beauvoir, en efecto, es una moralista. Toda su obra constituye una denuncia de las condiciones de deshumanización en que la sociedad moderna burguesa, preocupada tan sólo por el rendimiento y la eficacia tecno-

^{1/} Sastre. Alfonso. Los últimos días de Emmanuel Kant contados por Ernesto Teodoro Amadeo Hoffmann. Teatro' 5, el Público, Centro de Documentación teatral, Ministerio de Cultura, Madrid, 1989.

lógico burocrática y por el rendimiento económico, trata a todos aquellos lectores de la población que no representan un interés en ese sentido. Para de Beauvoir se trata de hacer una descripción

va. Está toda ella impregnada de una honda preocupación sobre el sentido de la vida, de su vida y de la vida de todas las personas que se encuentran en su condición.



realista, con ayuda incluso de las ciencias humanas como la psicología, el psicoanálisis y las ciencias sociales, de la situación deshumanizante a que son sometidos los ancianos en nuestra sociedad. Junto a esta denuncia, Simone de Beauvoir hace una honda reflexión existencial y comprometida ante su propia existencia, pues ella misma escribe su obra al llegar a la tercera edad. Su reflexión no es abstracta ni científicamente objeti-

Alfonso Sastre no desdeña esta dimensión ético-existencial del problema de la vejez, pero no es ese el centro de sus inquietudes y la intención que le animó a escribir su obra. Recurriendo formalmente más al teatro del absurdo y al surrealismo, Sastre trata de golpear estableciendo un contraste a veces deliberadamente grotesco entre las dotes intelectuales y humanas de uno de los más grandes genios de la humanidad, como fue el

filósofo de Königsberg, Emmanuel Kant, padre de la filosofía contemporánea, y su deplorable estado físico en las últimas semanas de su vida. El recurso a lo grotesco que nos recuerda a Ionesco es, en nuestro autor, deliberado. El mismo lo dice con estas palabras en la mencionada nota al final de la obra: "En este vivirse como extraño lo familiar hay una fuente que yo creo inagotable para el arte: estamos en el dominio de lo siniestro, que tiene templos aparentemente banales como los museos de figuras de cera y otros" (pg. 106).

Sastre no hace reflexiones en voz alta. El espectáculo es para él - y espera que lo sea para el público- lo suficientemente grotesco como para que, más allá de la paradoja y el absurdo provoque la reflexión sobre la condición humana. Más que una reflexión existencial, para Sastre se trata de mirar con mirada metafísica la condición mortal o finita del ser humano no para que se horrorice sino para que se descubra en la desnudez de su precariedad de existencia mortal.

Para lograr este efecto, Sastre recurre al efecto de "distanciamiento" de Brecht, que no sólo sirve para darle ese aspecto didáctico a la obra sino también para quitarle todo patetismo que busque no conmover sino hacer pensar. Este mismo efecto de absurdo y paradoja se encuentra en el hecho de haber buscado un autor casi contemporáneo de Kant, un literato alemán de una generación menor que el filósofo, llamado Ernesto Teodoro Amadeo Hoffmann, autor de narraciones fantásticas cercanas al surrealismo actual. Sastre mismo pide que, al principio y al final de su obra,

se ponga un fondo musical con las notas de la ópera "Los cuentos de Hoffmann" del compositor germano-francés del siglo pasado Jacques Offenbach. Sin embargo, los datos en que se inspira la obra y referentes a la biografía de Kant, especialmente el relato de sus últimos días, nuestro autor los toma de varias obras recientes y, en especial, del pariente de Kant y testigo ocular de los hechos Wasianski, a quien Sastre tiene la feliz ocurrencia de poner como un personaje más de su obra.

Sin embargo, los recursos técnico-visuales que pide Sastre y todos los elementos plásticos de la puesta en escena acusan una evidente influencia del lenguaje cinematográfico. Esta opción no me parece gratuita, ni tan sólo una concesión a cierto esnobismo. Considero que estos efectos buscan acentuar la tónica surrealista, tan cercana al teatro del absurdo, acentuar la paradoja y el absurdo de una existencia que ha pasado a la historia por su grandeza moral y su genio racional. Kant reducido a un despojo humano, a un cadáver que en vida se descompone, es la más honda reflexión que pueda darse sobre la inanidad de la vida. En esto Sastre tiene un prestigioso antecedente en el teatro clásico español: algunos autos sacramentales de Calderón de la Barca.

La moraleja de esta obra se puede resumir en la conocida frase que, en la ceremonia de la coronación del Papa, le dice uno de los miembros de su séquito: "Sic transit gloria mundi" (así pasa la gloria de este mundo) mientras hace quemar una estopa a los ojos de toda la concurrencia.

PROGRAMA DE RESCATE Y
REVITALIZACION DEL
PATRIMONIO CULTURAL

herencia

